

Marcial se encuentra en la calle, tumbado en un banco, porque desde hacía unos meses aquel era su hogar.

Se había venido solito a Madrid en los ochenta, cuando era un crío.

No tenía aún ni los dieciseis, y ya se había puesto a trabajar como camarero.

La razón que le había llevado desde la Línea de la Concepción hasta el madrileño barrio Argüelles, en el que llevaba viviendo veinticinco largos años, había sido una de las más comunes del mundo: los malos tratos en su casa.

Su padre era un bestia que les pegaba palizas a la madre y a los hijos.

Todos los vecinos lo sabían, pero callaban.

La ley del silencio era lo que más le fastidiaba.

Se suponía que todos debían hacer lo mismo llegado el momento, pero a él, que la naturaleza le había hecho enclenque, no le daba la gana.

En realidad, eso mismo que pasaba en su casa, se veía a todas horas en la calle y en el colegio, donde los chicos se liaban a puñetazos y las chicas a tirarse de los pelos ante el mínimo desacuerdo.

Sin embargo desde pequeñito había tenido muy claro que prefería dejarse matar antes de hacer daño a un semejante.

En el fondo se sentía feliz en su fuero interno porque tenía la conciencia tranquila.

Siempre trataba de ser amable, y ahí había radicado su éxito laboral.

La verdad es que nunca le había faltado trabajo hasta la llegada masiva de inmigrantes a la ciudad.

Pero no les echaba la culpa a ellos.

Ni siquiera a sus jefes, dueños de un prestigioso restaurante al que iba a cenar todos los viernes un destacado miembro del Partido Socialista Obrero Español, y también del bar donde él se había pasado diez largos años sirviendo cañas fresquitas y tapas deliciosas.

Sin duda habían sido los cuarenta.

Edadismo lo llaman, y al parecer es el tipo de discriminación que más afecta hoy en día a nuestra sociedad.

A pesar de haberse convertido de la noche a la mañana en un sin techo, moralmente se encontraba bien, por el momento.

De comer no le faltaba porque la gente del barrio, que lo conocía de vista desde que era un crío, y a casi todos les había invitado alguna que otra vez, estaban siendo generosos con él.

Además ya había llegado el mes de mayo, con lo cual lo peor había pasado.

Lo único que le faltaba era una habitación como la que había tenido durante veinticinco años en una pensión de Guzmán el Bueno.

Era su calle favorita y por eso había querido continuar viviendo allí, donde al menos la gente le conocía.

Y no es que el tal Guzmán el Bueno le pareciera ninguna joya.

Muchos de los vecinos, la mayoría, ni siquiera sabían quién era.

A él le habían contado la historia en una excursión del colegio a Tarifa.

Resulta que luchando contra los moros, había ofrecido a éstos una daga para que sacrificaran a su hijo con el fin de demostrarles que ni con esas se rendiría.

Otra cosa que siempre le había irritado profundamente, era la aversión de los cristianos hacia los moros.

En donde él había nacido, por desgracia, quizá porque se encontraban en la frontera y habían pasado muchos siglos en guerra, el odio hacia ellos era brutal.

No es que se estuviera volviendo loco, pero cree que por pretender simplemente ser amable se encuentra allí solo tumbado en un banco.